

Maquiavelo



y la vida política
Enrique González Pedrero

¿Cuántas noches habrá permanecido Maquiavelo sin cerrar ojos ni oídos? El tiempo que le tocó vivir fue crítico y difícil. Ahora nos complace ver el Museo del Renacimiento en Italia, en Europa, pero en el momento en que el Renacimiento estaba naciendo, por más conciencia histórica que se tuviera y Maquiavelo la tenía, qué complejo debió haber sido vivir. Sobre todo, metido en la jaula misma de león, viendo cómo *Cesare* le hacía honor al nombre con buenas o malas artes, viendo al príncipe desplegarse en la realidad para construir ese Estado que más tarde será considerado por un suizo llamado Burckhardt como una creación de arte.

Algo así como un abate Sieyes anticipado, no sólo pudo decir tres siglos antes: "*J'ai vécu*", sino relatar cómo lo hizo, escribiéndolo. Fue una proeza. Sólo vivir, sobrevivir, habría sido ya toda una lección del arte político, pero eso, después de todo, lo hicieron muchos: *grassi el magri*. Vivir para contarlo y enseñarlo, lo hizo Maquiavelo, hizo a Maquiavelo, hizo a la política.¹

Maquiavelo creó de esa mezcla compleja de intriga, matices, palabras, hipocresía, ideales, dinero, interés, acciones dispersas, pasión, olvido, compromiso, errores, vicio, suerte, lucha, saber, gloria, prudencia, ingenuidad, golpe bajo, conformismo, imaginación, poder, baja; vida viva. En una palabra, hizo de la imposible vida lo que parecía imposible: la posibilidad de vivirla, de saber cómo. Hizo de la política un arte *di vivere*, hizo de la política una ciencia.

Imaginemos, para crear el marco histórico adecuado, la vida en el Renacimiento, la transición histórica que tuvieron que sufrir aquellos hombres: el paso del pensamiento medieval al descubrimiento de un nuevo mundo, de la naturaleza, de la individualidad, de la personalidad. Pensemos en Leonardo, en Maquiavelo. Cada uno de ellos sentía la angustia de lo nuevo, como la sentimos ahora nosotros también, como nos preocupamos por saber cuál será nuestro futuro inmediato. Esa "angustia de lo nuevo" vibraba en aquellos hombres que oían el crepitar del fuego que pone fin a las viejas cosas y deja libre el campo para la nueva cosecha. En esta época comienza el hombre a descubrirse a sí mismo y, nunca como entonces, los tiempos estuvieron tan identificados con las grandes individualidades que querían conocerlo todo para apropiárselo todo. Leonardo no sólo adivina, no sólo armoniza el interior de la gente con sus rasgos exteriores, sino que investiga, inventa, descubre en todos los campos del saber y de la experiencia. Es la época de Miguel Ángel, de Cellini, del Condottiero que tan bien pintara Antonello da Mesina. Es el Re-nacimiento, la vuelta a nacer del hombre.

El Renacimiento es la aparición de un nuevo espíritu que liquidó históricamente al espíritu medieval e inició una nueva concepción del mundo, creando a partir del Siglo XVI el mundo moderno.

"Quien desprecia la pintura decía Leonardo entonces es

1. "Porque es oficio del hombre bueno que el bien que por la malignidad de los tiempos y de la fortuna no haya podido realizar, deba enseñarlo a los demás, a fin de que siendo muchos otros capaces, alguno de entre ellos, más favorecido del cielo, pueda realizarlo." (*Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Feltrinelli, Milán, 1960, p. 274)



también enemigo de la filosofía y de la naturaleza.” Arte, filosofía, naturaleza, todo está en plena abullición; todo está en movimiento. Hay en la nueva época una concepción también nueva de la existencia. Atrás ha quedado el mundo escolástico de las formas estáticas. Ahora todo tiene que explicarse y conocerse a través de las leyes generales de la dinámica, de la ley fundamental del momento: la ley del movimiento. “El espacio no comprende ya el mundo, porque ha evolucionado la idea de la infinitud del cosmos. El mundo humano no es ya más que un mundo entre muchos otros... y ese mundo infinito está penetrado por una belleza armoniosa, cuya ley y forma nos han sido transmitidas de manera perdurable en el arte del Renacimiento. El significado del mundo está engastado en las leyes de la belleza: así sabemos que Keplero llegó a la concepción de las leyes de los planetas por la idea innata de lo bello y del número.”²

Pero esto que decimos ahora del Renacimiento, lo que ahora sabemos que fue el Renacimiento, no lo sabían del todo los hombres que lo vivieron y lo hicieron. Entonces se tenía una idea contradictoria, poco clara de lo que ocurría. Los hombres estaban haciendo un sinfín de cosas, y cuando es tal la actividad no hay tiempo para detenerse, hacer un alto en el camino y reflexionar acerca de lo que está haciéndose y preguntarse el porqué de todo aquello. En otras palabras: los hombres construyen un mundo nuevo, pero lo hacen sobre las bases del mundo anterior. No hay una ruptura, no hay un cataclismo entre la Edad Media y el Renacimiento, entre la época que está terminando y la que está comenzando.

Es así como, a pesar de que los hombres están agotando toda aquella construcción medieval integral, que reposaba sobre la doble autoridad del Papa y del Emperador, están tomando en consideración, sin embargo, muchos de los elementos intelectuales que habían prevalecido en la época que termina. Hay pugna entre las ideas anteriores y las nuevas ideas; entre la cosmología medieval y el mundo nuevo descrito por Giordano Bruno. Entre la idea según la cual nuestra pequeña humanidad es una parte minúscula del cosmos inmutable y eterno: en el cielo todo ha sido escrito y detallado para la eternidad; los planetas siguen rutas preestablecidas, invariables, para siempre. “Entre ese mundo y el nuestro sólo hay influencia en un sentido: nuestro universo está suspendido en el otro y participa en alguna medida de su armonía inflexible” y la nueva interpretación del sistema copernicano, relizada por Giordano Bruno. En esta nueva interpretación el mundo sería “un todo infinito, impregnado y animado por el mismo espíritu infinito y divino. No hay puntos privilegiados en el universo, no hay ‘arriba’ y ‘abajo’. En la esfera política también: el orden feudal se disolvía y empezaba a derrumbarse. En Italia —dice Cassirer— aparecían nuevos cuerpos políticos absolutamente distintos. En el Renacimiento surgen tiranías creadas por hombres individuales, por los

grandes *condottieri* del Renacimiento o por las grandes familias: los Visconti y los Sforza en Milán, los Medici en Florencia, los Gonzaga en Mantua”.¹³

Si somos estrictos, sin embargo, tendremos que considerar que el nuevo principado que va a ser el objeto de estudio de Maquiavelo, la *Signoria*, nace y se desarrolla “como un aglomerado de organismos preexistentes más que como una formación política y social nueva”. Esto es, así como en las ideas hay un duelo entre las nociones medievales y las que empiezan a despuntar entre los hombres del Renacimiento, de donde va a producirse una síntesis dialéctica que servirá para iluminar el camino a los hombres nuevos, así en el terreno político también, si no nos dejamos deslumbrar por lo aparatosamente novedoso, vemos que los nuevos fenómenos que para Maquiavelo van a ser el objeto inmediato de su estudio, no son tan rigurosamente nuevos. Son más bien una síntesis de elementos sociales y políticos que vienen de atrás. Sólo que los hombres le están dando una configuración, una interpretación, un manejo distinto.⁴

“En el interior de las ciudades, la organización corporativa sigue en vigor, así como los viejos organismos comunales siguen conviviendo con los institutos señoriales. En el ámbito del territorio resisten los privilegios de las ciudades menores y en las zonas más rezagadas y periféricas siguen perviviendo los residuos de la nobleza feudal. Las relaciones entre la ciudad y el campo permanecen sin cambio. En suma, con el tránsito a la *Signoria* las relaciones sociales y políticas entre las varias clases, el contenido del Estado, no sufre un cambio sustancial y el estado territorial —donde aquello sí se realiza— reproduce y, aun tal vez, incrementa los límites corporativos del particularismo preexistente”⁵, lo que no es sino la traducción, en el terreno político y social, de las adaptaciones y transformaciones que están ocurriendo en el terreno económico. Por esta época empieza a ampliarse el mundo conocido y explotado. Se descubre América, lo que hace afluir a Europa una buena cantidad de metales preciosos que dan un gran impulso al comercio internacional: resultado de la expansión económica y demográfica que ha ocurrido en el viejo continente. Se produce un alza prolongada de precios, comienzan a constituirse paulatinamente grandes fortunas mobiliarias. En una palabra, se modifica la repartición de las riquezas, lo que trae como resultado una amplia movilidad social. Sin embargo, este desarrollo del capitalismo comercial que comenzara en Italia antes del siglo XVI, dejará subsistir muchos rasgos de una economía rural tradicional y

2. J.P. Mayer, *Trayectoria del pensamiento político*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, p. 86.

3. E. Cassirer, *El mito del Estado*, Fondo de Cultura Económica, México, 1967, p. 159.

4. Nótese que decimos “objeto inmediato” de su estudio (*El Príncipe*), ya que entendemos que el objeto mediato y central de su obra es el Estado Nacional, como se verá más adelante.

5. N. Machiavelli, *Ilprincipe e Discorsi...* (introduzione di Giuliano Procacci), Feltrinelli Editore, Milán, 1960, p. XIX



de una sociedad aristocrática que van a encontrar su expresión en el régimen señorial que es uno de los temas que provoca el entusiasmo intelectual de Nicolás Maquiavelo. La contradicción entre lo viejo y lo nuevo que produce esta etapa histórica va a reflejarse, pues, en la obra del florentino. Maquiavelo hace un plantamiento inicial que es el sustento de toda obra política: se pregunta en qué consiste y para qué sirve el gobierno que han creado los hombres. Va a partir, en su reflexión, de un dato bien observado de la naturaleza humana y, en los *Discursos* va a dar una explicación clara del por qué del gobierno entre los hombres. Ocurre, dice Maquiavelo, que “nada puede satisfacer los insaciables deseos de los hombres. La naturaleza los ha dotado de la facultad de querer y poder desear todo, pero la fortuna no les permite alcanzar sino una mínima parte. De ello resulta un descontento continuo y un disgusto de las cosas que poseen que los lleva a criticar el tiempo presente, a elogiar el pasado y a desear el futuro, aunque esos deseos individuales no tengan ningún motivo razonable”.⁶ Este dato psicológico es el que le sirve a Maquiavelo para interpretar el origen de esa inestabilidad humana que nos lleva directamente a la necesidad de la formación del gobierno, a la necesidad, en suma, del Estado. Porque un gobierno —dice Maquiavelo— “no es otra cosa que contener de tal modo a los súbditos que no te pueden o deban ofender. Lo que se obtiene, ya sea evitándoles los medios de hacerlo o bien otorgándoles el bienestar, para que no deseen ninguna otra suerte”. Que no deseen “di mutare fortuna”.⁷ Tal es la contradicción esencial, ni más ni menos, que la política tiene que resolver. Tal es el sustento y justificación de la política. La tarea, como se ve, no es sencilla y, sin embargo, el arte y ciencia del “vivere politico”, la ciencia que ya no depende como en la época de los griegos de la filosofía o de la ética; que ya no depende, como en la época de los romanos, del deber ser; que ya no depende, como en la Edad Media, de Dios y de la religión, sino de estos hombres de carne y hueso que son el

centro del mundo renacentista, debe tener instrumentos para poder resolver el problema. Uno de esos instrumentos, uno de los medios que la política tiene es, para Maquiavelo, aunque parezca paradójico, la revisión permanente de las cosas pasadas, de la historia. “Cualquiera que considere las cosas presentes y las antiguas, puede ver con facilidad que todas las ciudades y todos los pueblos han estado siempre y están aún animados por los mismos deseos y las mismas pasiones que lo estuvieron siempre. Así es fácil, por un estudio exacto y bien reflexionado del pasado, prever en una República el futuro. Hay necesidad pues, o de servirse de los medios que usaron los antiguos o de imaginar nuevos de acuerdo con la semejanza de los acontecimientos. Pero este estudio ha sido descuidado por la mayoría de los lectores..., de aquí que se repitan en nuestros tiempos los mismos males y las mismas revoluciones.”⁸

Hay en esta visión de la historia política, en esta apreciación del instrumento que la política tiene para resolver el problema fundamental, un punto de vista dialéctico, que es precisamente el que tratamos de reflejar en nuestra interpretación. La historia y la política están hechas de cosas antiguas y de nuevas cosas. Por tanto, es necesario tener presente siempre cómo los hombres han resuelto en los viejos tiempos algunos problemas que pueden volver a repetirse o que pueden tener semejanza con los nuevos y usar de la imaginación para buscar las nuevas soluciones. La concepción de la historia política de Maquiavelo es una concepción dialéctica con constantes y variables y no es, como se ha querido creer, probablemente por comodidad interpretativa, una concepción fija. Se trata, decimos, de una concepción dialéctica, contradictoria, hecha de lo anterior y de lo presente que es lo que puede servirnos para imaginar aquello que el futuro pueda depararnos, o como dice Maquiavelo: según la ley de las cosas humanas éstas “en ocasiones progresan, en ocasiones declinan”. Hay, pues, un orden preestablecido; armónico, que rige las cosas en el universo y, simultáneamente y como parte de aquél, hemos heredado de la naturaleza ese movimiento que caracteriza al cosmos. Somos seres inestables y por tanto deseamos el cambio permanente. Esa inquietud, ese movimiento, ese fluir esencial que caracteriza la vida humana es el origen de muchos de los cataclismos revolucionarios. Pero esa inquietud marca precisamente el actuar histórico y político de los hombres. Ya hemos visto cómo Maquiavelo funda esa inestabilidad en los “insaciables deseos” de los hombres; pero ya hemos analizado también cómo por influencia de ese orden armonioso del Universo, se crea el gobierno entre los humanos en un movimiento dialéctico, en un movimiento que oscila entre el orden y la movilidad. Entre la armonía universal y la dinámica humana se inscribe la historia. “Reflexionando en la manera como los acontecimientos se suceden, estimo que el mundo ha sido siempre semejante y que jamás ha dejado de encerrar en su seno una masa igual de bien y de mal, pero también creo que ese bien y ese mal,

6. N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Feltrinelli, Milán, 1960, p. 274.

7. Machiavelli, *Discorsi*, p. 346

8. Machiavelli, *Discorsi*, p. 222

pasan de un país a otro, como puede verse por las nociones que tenemos de esos reinos de la Antigüedad en los que la variación de las costumbres los volvía diferentes los unos de los otros, en tanto que el mundo seguía siempre inmutable y no difería sino en esto, a saber: que la *virtù* que había comenzado a florecer en Asiria, emigra entonces hacia los Medios y de allí hacia Persia, para venir a residir después en Italia, en Roma. Y si ningún imperio ha sucedido al de Roma para conservar la suma de tantos bienes, por lo menos se les ha visto repartirse entre aquellas naciones que vivían de acuerdo con la buena *virtù*.⁹ Hay, pues, cambio, mutaciones, transformaciones y no las hay en el fondo. Hay movilidad pero el mundo permanece inmutable. Lo que cambia, en cierta medida, es la *virtù* que va pasando de los asirios a los medos y a los persas, a Roma, a los turcos, a los alemanes, a los franceses. En consecuencia, el conocimiento de la historia debe ser de gran utilidad a los hombres que se interesen por comprender esa situación paradójica que constituye el contenido mismo de la política. Del estudio de la historia, de la reflexión sobre las cosas antiguas y modernas, tenemos que ir derechamente a enfrentarnos con la escurridiza *fortuna*, uno de los conceptos más complejos y controvertidos del político del Renacimiento. No cambia el mundo —dice Maquiavelo—, lo que cambia es la fortuna entre los hombres; es el azar, la fatalidad, el destino de cada pueblo lo que muda. En el capítulo XXV de *El Príncipe*: “de cuánto puede la fortuna en las cosas humanas y de qué modo cabe contrarrestarla”, Maquiavelo hace, quizá, la exploración más profunda sobre este concepto clave de su sistema político. “No ignoro que muchos tienen y han tenido opinión de que las cosas del mundo son de tal modo gobernadas por la fortuna y por Dios, que los hombres con su prudencia no pueden corregirlas, de manera que no hay remedio alguno a ellas, y por esto cabría juzgar que no conviene ocuparse mucho de las cosas, sino dejarse gobernar por la suerte.”

Relacionando este texto con lo expuesto antes, podríamos ver en el concepto de fortuna la idea que ya habíamos encontrado a propósito de la contradicción que se establece entre el orden preestablecido y armónico que prevalecería en el cosmos y que, en buena medida, habría dictado para cada pueblo su destino estable-

ciéndolo de antemano, como parte de aquel orden integral que se verifica en el cosmos, y la movilidad y dinámica que la naturaleza ha inyectado a los hombres. Si Maquiavelo tuviese una idea fatalista a propósito de este orden preestablecido, nada habría que hacer sino esperar simplemente a que las cosas ocurrieran. Sin embargo, el pensamiento del florentino vuelve nuevamente a ser dialéctico y añade: “Tal opinión ha sido más creída en nuestra época por la gran variación de cosas que se han visto y se ven cada día pareciendo estar fuera de toda humana conjetura.” Pensando yo en ello algunas veces, me he sentido en alguna parte inclinado a esa opinión. No obstante, como nuestro libre albedrío no está extinguido, juzgo poder dar por cierto que la fortuna es árbitro de la mitad de nuestros actos; pero nos deja regir la otra mitad o poco menos a nosotros. Y comparo la fortuna a un río arrollador que cuando se desborda anega las llanuras, arranca los árboles, derrumba las casas, arrastra tierra de unos lugares depositándola en otros.

Todos huyen ante él, todo cede a su furor sin poder estorbarlo, y aun cuando ello sea así, no impide que los hombres, en tiempo de calma, pueden a ello prever con baluartes y, diques, de modo que al crecer el río después, o discurrirá por un canal o su ímpetu no será tan nocivo ni libre. Cosa semejante ocurre con la fortuna, la cual demuestra su poder allí donde no hay ordenada *virtù* que la resista, volcando sus ímpetus donde sabe que no existen baluartes o diques que la contengan...

“Concluyo, pues que siendo variable la fortuna y ostinados los hombres en sus modos, son venturosos mientras una y otras concuerden y, desventurados, cuando ambas cosas dejan de concordar. Juzgo cierto que vale más ser impetuoso que mirado, porque la fortuna es mujer y se precisa, si se quiere avasallarla, forzarla y herirla. Así vemos que más se deja vencer de los arrebatos que de los que con frialdad proceden. Como mujer, muéstrase amiga de los jóvenes que son menos respetuosos y más fieros y la dominan con más facilidad.”

Hay pues necesidad de la política para tratar de conciliar lo que parece inconciliable; de resolver la contradicción entre el orden y la movilidad, entre la armonía y la anarquía, entre la fijeza y el fluir permanente de los actos de los hombres. Hace falta lo *Stato*, como llama Maquiavelo al cuerpo político reciente, es decir, la organización que permita la coincidencia entre el orden y la dinámica que caracteriza a los actos humanos. En el Estado, en lo ordenado, los hombres podrán moverse a sus anchas, pero dentro de los cauces que aquella organización está señalándoles. Hay ciertamente una actividad, pero esta actividad deberá realizarse de una manera ordenada: el “vivere político”, para Maquiavelo, deberá darse en esa organización, en ese Estado, en el cual es indispensable el hombre que hará posible la conciliación de los dictados de la fortuna con los del libre arbitrio. La razón le





servirá, por medio del estudio de las cosas pasadas y de las presentes, para darse cuenta e irse adaptando a las transformaciones y a los cambios que van ocurriendo en el fluir histórico, y esta razón ordenadora se precisará en el Estado. El político, el “príncipe” es inexplicable sin la organización ordenadora de la movilidad y, a la inversa, esa organización, el Estado, es inexplicable sin la cabeza, sin el “príncipe” que adapta toda la ordenación que caracteriza precisamente al Estado, al cambio, a la mutabilidad de las acciones humanas. La política será, por tanto, una ciencia con mucho de arte, con mucho de habilidad, de oficio, que el político debe desarrollar para obtener de lo contingente, de lo azaroso, el máximo ingrediente de racionalidad. Por ello, los resultados de esta ciencia deben estar en constante proceso de revisión, de análisis, para enriquecerlos y complementarlos. De ahí, el objetivo del estudio de la historia y esa referencia permanente de Maquiavelo al pasado de los hombres para obtener de él la experiencia, la prudencia, para poder enfrentarse con imaginación —la imaginación que pedía Leonardo—, a las cosas nuevas, a lo que aparentemente no ha ocurrido o habría ocurrido bajo otras formas y otras circunstancias.

Ahora bien, toda esta reflexión, toda esta filosofía política, tiene su sustento en la inestabilidad política real de la época en las circunstancias reales, objetivas. Nadie tan poco especulativo, tan poco filósofo en el sentido tradicional o escolástico del término, como Maquiavelo, a quien le interesa captar de aquella mudanza en la que está inserto, lo permanente, lo estable, lo que puede ayudar a transitar, a vivir de la mejor manera posible al tiempo que aquellos hombres les ha tocado vivir. Y es en este momento cuando surge a la historia el personaje, el “Príncipe”, al que Burckhardt consideró como propio de la Italia de los siglos XV y XVI: César Borgia, Cardenal de Valencia, hijo natural del Papa Alejandro VI, quien renuncia al capelo cardenalicio para fundar en los principados de la Romaña el Estado de la Iglesia, el Estado, ese organismo que Maquiavelo está queriendo fundar racionalmente. Sabemos que en una campaña vertiginosa que abarca de noviembre del año de 1499 a octubre de 1500, Borgia sometió a la Romaña y se apoderó de Forbi, Pesaro, Rimini, Faenza, Piombino y que comienza a amenazar a la Toscana. Es entonces cuando Florencia utiliza su mejor recurso: envía al más hábil de sus embajadores, a Nicolás Maquiavelo, para enfrentarse con Borgia, para penetrar en sus designios y tratar de contenerlo. Y comienza la relación entre aquellos dos hombres tan distintos y tan característicos, cada uno en su estilo, de una de las épocas más fructíferas de la historia para el arte y la ciencia política. Maquiavelo no abriga una admiración *a priori* por aquel personaje y, sin embargo, apenas nos adentramos en los escritos y en la correspondencia que sostiene con la cancillería florentina —donde va describiendo los actos y las palabras de aquel hombre peculiar—, advertimos cómo comienza a



volcarse en deslumbramiento. Algunos de estos textos han servido para vituperar al teórico florentino. A muchos comentaristas les ha disgustado la descripción que Maquiavelo hace sobre la manera como el Duque liquidó a sus enemigos por aquella época (“Descrizione del modo tenuto del duca Valentino nello ammazzare Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, el signor Pagolo e il duca di Gravina Orsini”) y el capítulo VII de *El Príncipe* está lleno de entusiasmo por ese hombre tan poco admirable por muchos conceptos. ¿Qué incita a Nicolás Maquiavelo a transformar su recelo en admiración por tan audaz aventurero, por tan inescrupuloso hombre de acción? En primer término, la admiración de Maquiavelo por Borgia se funda en los actos políticos del *Duca*. Sus juicios no están formulados en función de principios. Ciertamente Borgia era un hombre poco escrupuloso en su vida privada, pero eso no le importa a Maquiavelo porque no está escribiendo una Ética sino juzgando acciones políticas: Borgia es un hombre de Estado capaz de aprovechar la ocasión y tomar las decisiones que el momento reclama. Aun cuando esas decisiones puedan parecer crueles, Borgia tiene cualidades de jefe que imponen respeto, va directo a lo que quiere y decide lo que conviene. Sabe hacerse amar y obedecer, conoce la condición humana y sabe utilizarla subordinando su acción a la organización, el fortalecimiento, a la grandeza del Estado.¹⁰ Éste, como gran jugador, sabe hacer maniobras de dispersión que confunden a sus enemigos.

10. “Este Señor es el más secreto de los hombres y creo que nadie sino él mismo conoce sus secretos: sus secretarios me han testificado más de una vez que no hace nada público sino en el momento de la ejecución y que no ejecuta sino cuando la necesidad lo presiona, sólo cuando los hechos están ahí y sólo entonces. Por tanto, vuestras señorías deben excusarme y no tacharme de negligente cuando no los colmo de informes, ya que si ellas no están satisfechas tampoco lo estoy yo mismo”. Carta del 26 de diciembre de 1502 en *Toutes les lettres de Machiavel*. Gallimard, París, 1955, p. 286 (tomo primero).

Borgia, poco a poco, astutamente, va ganándose la confianza del florentino; es buen político y buen militar; tiene del “hombre de corte” el encanto y el prestigio que debe poseer un político palaciego, y del militar el valor, la decisión, la experiencia que deben caracterizar al “hombre de guerra”. “El hombre de corte, dice Maquiavelo, es espléndido y magnífico a más no poder; el hombre de guerra es tan emprendedor que no hay cosa, por grande que sea, que no intente cuando se trata de ganar la gloria o de acrecentar territorios. No conoce el reposo, la fatiga o el peligro. Llega a los lugares antes de que se sepa de dónde ha venido; se hace amar de los soldados y ha derrotado a los mejores de Italia: todas estas cosas lo hacen temible y unidas a una fortuna constante, lo han vuelto victorioso.”¹¹

El texto, de una de las cartas de Maquiavelo a la cancillería florentina, revela el agudo juicio, no moral insistimos, sino político, que aquél tenía del *Duca Valentino*. Los elogios, aparentemente poco críticos, van a incrementarse en el capítulo VII, uno de los más importantes de *El Príncipe*. Allí Maquiavelo se refiere a los principados nuevos que se adquieren por fortuna y con fuerzas ajenas: “César Borgia, llamado por el vulgo Duque Valentino, adquirió el Estado mediante la fortuna de su padre y por ella lo perdió, no obstante haber usado todas las obras y hecho todas las cosas que un hombre prudente y de *virtù* debe hacer al efecto de arraigar en aquellos Estados con que las armas y la fortuna de otros le hayan concedido... Si consideramos, pues, todos los progresos del Duque se verá cuántos fundamentos puso a su futuro poder, sobre los cuales no juzgo superfluo discurrir porque yo no sabría dar mejores preceptos a un príncipe nuevo que el ejemplo



de las acciones de aquél... Reuniendo pues todos estos actos del Duque no hallo de qué censurarle, antes me parece oportuno, como lo hago, proponerlo como modelo de todos aquellos que por fortuna o armas ajenas ascienden al imperio, porque él, con su mucho ánimo y alta intención, no podía comportarse de otro modo.” Probablemente Maquiavelo no haya utilizado palabras más elogiosas en su tiempo para juzgar las acciones políticas de los hombres que él trató con la excepción de Fernando el Católico. Por más que Maquiavelo trata de encontrar desaciertos “no halla de qué censurarle” y, antes bien, lo propone como modelo del príncipe, del hombre de *virtù* que concentra todo su esfuerzo y talento al desarrollo y solidez del Estado. Pero como parece no haber obra humana perfecta, aquél que por su *virtù* hubiera podido realizar todo lo que no había propuesto, en el final de su vertiginosa carrera, la fortuna le es adversa.

Hay en este personaje de carne y hueso que le sirve a Maquiavelo, entre otros, para la elaboración de su *Príncipe*, toda la ambivalencia que funda la actividad política: la contradicción entre lo imponderable, la fortuna y la *virtù*: la racionalidad ordenadora del caos. No hay una acepción precisa del concepto de *virtù* como no la hay tampoco del concepto de fortuna, en la obra de Maquiavelo. El florentino emplea el vocablo de muy diversos modos, imprimiéndole cierta ambigüedad al término. Ello no debe extrañar porque el concepto pretende reflejar una actividad, la política, que no es siempre clara como el agua.

Empero, esta ambigüedad no es tal si vamos un poco más allá de la pura superficie del concepto. La *virtù* es, en una primera aproximación general, lo opuesto a lo contingente, a lo azaroso, a lo imprevisto, a la fortuna. *Virtù* se opone siempre a fortuna, y también está en oposición a *vizio* y *viltà*, al vicio y a la vileza. En ocasiones, Maquiavelo utiliza otros dos conceptos opuestos, *ozio* y *furore*, de modo que el ocio estaría en cierta medida ligado con fortuna y furor con *virtù*. En general este concepto (donde se encierra todo lo racional del sistema político de Maquiavelo) significa fuerza vital, la energía que desarrollan los hombres para la realización de acciones políticas que tienden al engrandecimiento del Estado. Pero significa también, como podemos deducir de todo lo que llevamos expuesto, esfuerzo, coraje, valor, audacia; es decir, todas aquellas cualidades que son indispensables para forjar a un dirigente político. A menudo, *virtù* tiene un significado equivalente al concepto de *virtus*, es decir, energía producto de una voluntad de hierro, hombría, excelencia. Y, en consecuencia, podríamos emplear un plural que correspondería al plural del término latino, *virtutes*, en donde estarían encerradas las buenas acciones o cualidades.

Hay veces en que Maquiavelo le da a su término el uso especial que Cicerón da a la *virtus*, y el que Dante da a la virtud, es decir, una especie de enérgica autoridad decisiva, en oposición a las

11. Cf. Maquiavelo, carta del 26 de junio de 1502, *op. cit.*, p. 166



medias tintas, a la indecisión, a la inactividad.¹² *Aut Caesar Aut Nihil*, o César o nada, significaría la energía que desarrolla el hombre que piensa, siente, actúa, se compromete decisiva, definitivamente, en la acción política que es lo único que tiene en mente para la realización de finalidades políticas también. Y ya sabemos cuál es la finalidad política esencial en Maquiavelo: el engrandecimiento del Estado. Así ocurre que, de acuerdo con algunos pasajes contenidos en el *Asino d'oro* y en las *Istorie Fiorentine*, la *virtù* produce la tranquilidad, la paz. De la paz surge el *ozio* que va a destruir, a fin de cuentas, la convivencia ordenada de la ciudad. Sin embargo la *virtù* vuelve a emerger en los tiempos de desorden y, en consecuencia, el orden se restaura. Pero ya que nada es estable en el mundo, el ciclo debe repetirse indefinidamente: así, iríamos de la virtud a un orden pacífico, ese pacífico vivir produciría el ocio entre los ciudadanos; el ocio conduciría a aquellos hombres al desorden, a la intranquilidad, a la búsqueda de la realización, imposible en ocasiones, de muchos de sus deseos, y el desorden producirá necesariamente al virtuoso que vuelve a restaurar el orden. He aquí pues, la enorme importancia que tiene este concepto que significa lo que de racional hay y debe haber en el sistema político: la autodisciplina, la constancia, la rectitud, el vigor, la fuerza que los hombres deben oponer a lo azaroso, a lo contingente, a lo móvil, a lo imprevisible, a lo irracional, que tienen las acciones humanas. La *virtù* sería la base de la pirámide política; la sustancia que llena de vida al Estado y que se opone precisamente a lo que en cualquier momento puede ocurrir, pero que no sucederá o que ocurrirá menos, si los hombres están preparados para enfrentarse a aquello que pesa como una fatalidad sobre ellos. Pero toda esta reflexión no lleva ni la intención ni el talento de la filosofía tradicional sino que se desprende y opone a la inestabilidad de la época que Maquiavelo estaba viviendo. La reflexión política surge como oposición a las circunstancias dinámicas reales y sustantivas. A Maquiavelo le interesa encontrar las soluciones a los problemas que su tiempo le está urgiendo. "Ir

derecho, a la verdad efectiva de las cosas." Filosofía práctica, teoría realista: "Siendo mi intención escribir algo que sea útil a quien lo comprenda, me ha parecido más conveniente ir derecho a la verdad efectiva de las cosas, que a la imaginación que de ellas se tenga..."

La inteligencia del político debe ser una inteligencia realista, una inteligencia que se despliegue de la realidad misma, y aquí vale la pena señalar una diferencia esencial que existe entre la inteligencia en general y la inteligencia *política*, entre lo que podríamos llamar la inteligencia "abstracta" y la inteligencia "concreta". Muchos hombres con sobra de inteligencia han fracasado rotundamente en la política. ¿Por qué? Si sabemos que la inteligencia ha requerido siempre de una alta dosis de abstracción para la construcción científica, ¿por qué muchos hombres inteligentes con capacidad para la abstracción, no han podido desenvolverse políticamente? La abstracción hace falta para descubrir las leyes o principios esenciales que rigen una actividad científica; la inteligencia para buscar y encontrar esas leyes. Pero la actividad política exige una inteligencia concreta, indispensable para la investigación de ese objeto peculiar de estudio. De otro modo, lo único que reulta es la confusión que, evidentemente, no tiene que ver ni con la ciencia ni con la política. Por ello Maquiavelo exclama: "muchos autores han imaginado repúblicas o principados que no se han visto ni conocido en la realidad." Maquiavelo se refiere a los escritores y a los pensadores "utópicos", para usar el término de su creador, Tomás Moro, que vive en la misma época que Maquiavelo. Esta imaginación exagerada no le parece útil al florentino y, por ello en la discusión de estos temas es donde se separa de las conclusiones de otros autores, en donde verdaderamente se vuelve un creador original. Esto que desde un ángulo de observación puede ser una deficiencia, es, sin embargo, la base de su método experimental y realista. Virtud o deficiencia, acierto o flaqueza, es así. Y para Maquiavelo sólo de este modo será posible desterrar un poco de la incertidumbre existente en los negocios humanos y fundar un arte de lo *Stato*, una ciencia política. Hay una condenación incuestionable de las inteligencias que se ejercen en el vacío, que construyen edificios sobre la arena de la imaginación, completamente fuera de la realidad. En Maquiavelo este problema es una cuestión metodológica de primer orden pues se trata de caracterizar el método de la ciencia política y ese método es el realismo. Ahora bien, hay que decirlo de inmediato, habría una suerte de ley sociológica que serviría para fundar el utopismo. La época, de transición, es la del surgimiento del Estado; pero, también, la utopía surge en épocas en que un régimen finaliza y comienza uno nuevo y por ello es que, con todo su realismo, Maquiavelo es también un hombre con imaginación, un utopista en cierto sentido, como veremos más adelante.

Maquiavelo y Moro actúan ambos en pleno Renacimiento. Sólo

12. Neal Wodd, "Machiavelli's concept of virtue reconsidered". *Political Studies*, Vol. XV, No. 2, 1967, pp. 159-172.



Para mí, aquí residiría la diferencia entre lo que se ha llamado en la historia de las ideas políticas el “maquiavelismo” y Maquiavelo. Quien establezca una escisión entre los 25 capítulos de *El Príncipe* y la exhortación final del capítulo 26, estará desligando la teoría de cómo obtener el poder y cómo mantenerse en él, y la funcionalidad de ese poder; es decir, estará separando la teoría del poder y aquello para lo que sirve el poder. Estará viendo el poder a secas, “*la brutta cupidità di regnaro*”, los medios que pueden llevar al hombre a su conquista y conservación, pero perderá las finalidades que justificarían aquel poder y, con ello, estará perdiendo también la nuez, todo el contenido de la obra política de Maquiavelo. La unidad italiana, la formación del Estado italiano, justifican “moralmente” todas las reglas técnicas que contienen los capítulos de su libro. Estas reglas técnicas, “las recetas” para llegar al poder y mantenerse en él, las normas que indican a los hombres cómo engrandecer y fortalecer el Estado, estarían justificadas *únicamente* en función de ese llamado que Maquiavelo hace a la unidad, para liberar a Italia de los bárbaros.

La formación del Estado italiano es, pues, lo que da contenido y vida a toda la técnica del poder de Maquiavelo. No hay, entonces, una contradicción entre lo que Cassirer llama la teoría política de Maquiavelo y su labor como “propagandista”. La propaganda —lo que Cassirer llama propaganda, que no lo es—, es precisamente la ética, el remate moral de todo el sistema. Es falso, por tanto, que falte una moral en Maquiavelo. Ese falso problema es semejante a la contradicción que se ha querido ver entre los *Discursos* y *El Príncipe*. Se ha dicho que en *El Príncipe* Maquiavelo se declara partidario de la monarquía absoluta y que en los *Discursos* es republicano. La verdad de las cosas es que para Maquiavelo en *El Príncipe* se trata de condensar, de abreviar, de sistematizar todo lo que en los *Discursos* estaba tratando de desarrollar con mayor aliento, a más largo plazo. Los *Discursos* son una obra desgraciadamente inacabada. *El Príncipe* está escrito, por así decir, de un tirón, pero en esa pequeña obra está condensada toda la sabiduría política que Maquiavelo pretendía desarrollar en la obra que no terminó. No hay una contradicción entre una y otra, sino que ambas son complementarias. Maquiavelo interrumpió la redacción de los *Discursos* para escribir *El Príncipe* con el fin de volver a la vida política. Basta leer la carta a Francesco Vettori de diciembre de 1513, para darse cuenta de cuál era la finalidad inmediata. “A propósito de mi opúsculo dice Maquiavelo en esta carta—; he debatido con Bertini si convendría hacerlo aparecer o no; después, en la afirmativa, si convenía que lo llevara yo mismo o que lo enviase. En la negativa temo que Julián ni siquiera lo lea y que nuestro Ardingheli no aproveche todos los honores de mi trabajo. La necesidad que me urge me empuja a publicarlo, pues siento que me deterioro y que esto no puede durar eternamente sin que, a la larga, la pobreza no haga de mí un objeto de

que en Estados distintos, en circunstancias diferentes, y aunque ciertamente es el de ellos un tiempo de transición, un puente entre dos épocas, para Maquiavelo no se trata tanto de adelantarse por así decir en la ruta de la historia sino, más bien, de crear el instrumento útil para controlar los acontecimientos. Construir la nave que pueda sortear los peligros de la tempestad y de la anarquía que la historia está forjando en ese momento.

Para los utopistas, en las repúblicas imaginarias, reinaría una ética ideal, ocurrirían las cosas tal y como debieran ser y hay, naturalmente, una enorme diferencia entre cómo debiera vivirse y cómo se vive realmente. Para Maquiavelo, lo importante en este caso es la reivindicación de un derecho esencial, el derecho a la libertad del político, y del constructor, a una libertad realista, a una libertad de movimientos para encauzar dentro del orden del Estado el desorden del mundo humano. En una palabra, hay que insistir una vez más sobre ello: para Maquiavelo no es lo mismo la moral, el deber ser, que el reino de lo real, la moral política. Lo que nos lleva a discutir un problema que Cassirer plantea en su libro *El mito del Estado* a propósito de Maquiavelo: ¿existen —como quiere Cassirer— diferencias entre los 25 capítulos de *El Príncipe* y la exhortación final a los italianos para liberar a su país de los bárbaros? ¿Es toda la primera parte de la obra “ciencia” y el capítulo final “propaganda” como quiere Cassirer?

desprecio; por otra parte, deseo vivamente que esos Médici se decidan a emplearme, así debieran comenzar por hacerme rodar una roca después de lo cual si no hubiera hecho algo para ganarmelos, me conformaría. En cuanto a esta obra, si solamente se la leyera, se vería que los 15 años que dediqué al cuidado de los asuntos de Estado ni los he dormido, ni jugado, y cada uno debiera estar satisfecho de poder servirse de un hombre pleno de experiencia que nada les ha costado. Mi lealtad debería estar al abrigo de toda sospecha; siempre he sido respetuoso de la fidelidad y no voy a aprender ahora a no serlo. El hombre que ha servido fielmente y bien durante 43 años, son los que tengo, no puede cambiar su naturaleza; mi pobreza, por otra parte, es el mejor testimonio de lo que afirmo.”¹³

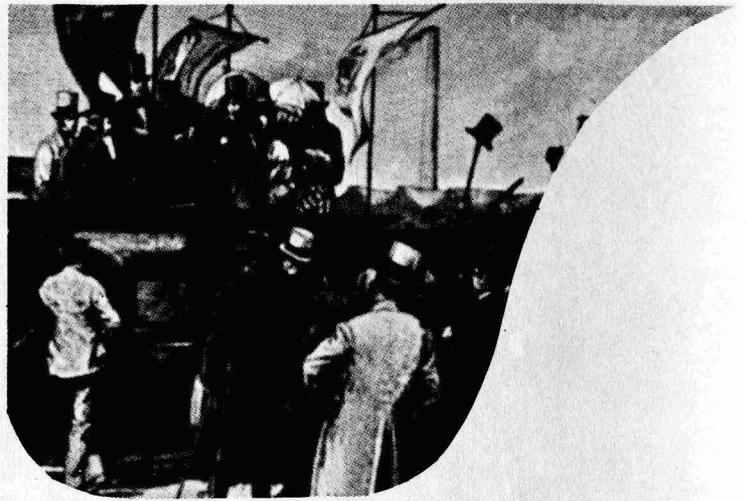
Maquiavelo ha escrito esta obra en donde ha sintetizado su experiencia y su conocimiento de los negocios de Estado, de las relaciones políticas entre los hombres, para que esa experiencia sirva a quienes de alguna manera tienen que ver con esa actividad tan difícil, tan ambivalente y cambiante, con sus propias reglas y sus propias leyes.

El secretario florentino quiere volver a actuar. Ha sido alejado de la vida política, pero el vivere político es su vida y siente, como dice en la carta a Vettori, “cómo se deteriora”, cómo va gastándose en la vida rural. Quiere volver a la ciudad, a la Corte, a la política. Por eso dedica el libro a Lorenzo de Medici.

A Maquiavelo hay que entenderlo, pues, como un todo. Renaudet en su excelente obra sobre Maquiavelo plantea de esta manera el problema: “Se puede decir que el pensamiento político de Maquiavelo se mueve en dos planos diferentes: el secretario florentino, guía de una República Florentina y de una Confederación Toscana presidida por Florencia, es quien define el programa de una República, reformada según el ideal de la Roma consular y senatorial; es el gran italiano quien sueña con un Estado federativo de Italia, mitad principesco, mitad republicano o, inclusive, por instantes, con un Estado monárquico de Italia.

El secretario florentino es positivo, realista, a menudo duro y cínico. El gran italiano habla como poeta y visionario; su pensamiento fácilmente se evade fuera de la realidad. Descuida los datos y las advertencias, tiende hacia la leyenda, acoge el mito. Mito greco-romano, pero bíblico igualmente, del legislador que aparece en la suprema destreza de los pueblos, Teseo, Licurgo, Rómulo o Moisés, y que impone a las sociedades el marco donde su vida durante varios siglos se inscribiera: mito romano, del dictador genial y desinteresado que en el momento en que las instituciones corrompidas llevan al Estado a la ruina, lo reforma, lo restablece y, consumada su obra, una vez salvado el Estado, curada la sociedad, vuelve a la modestia de la vida privada.

Mito medieval, dantesco, caro igualmente a Petrarca y que, en un instante, el loco entusiasmo de Cola di Rienzo creyó realizar



del enviado providencial anunciado por Dante, del mensajero divino que persigue y destruye el mal sobre la tierra, del redentor enviado de Dios para recuperar Italia.

Aquí Maquiavelo difiere de Guicciardini que lo mira con sorpresa y no lo comprende. Maquiavelo deja entonces de ser realista, irónico y cínico y se convierte en un hombre capaz de extrañas ilusiones. . .

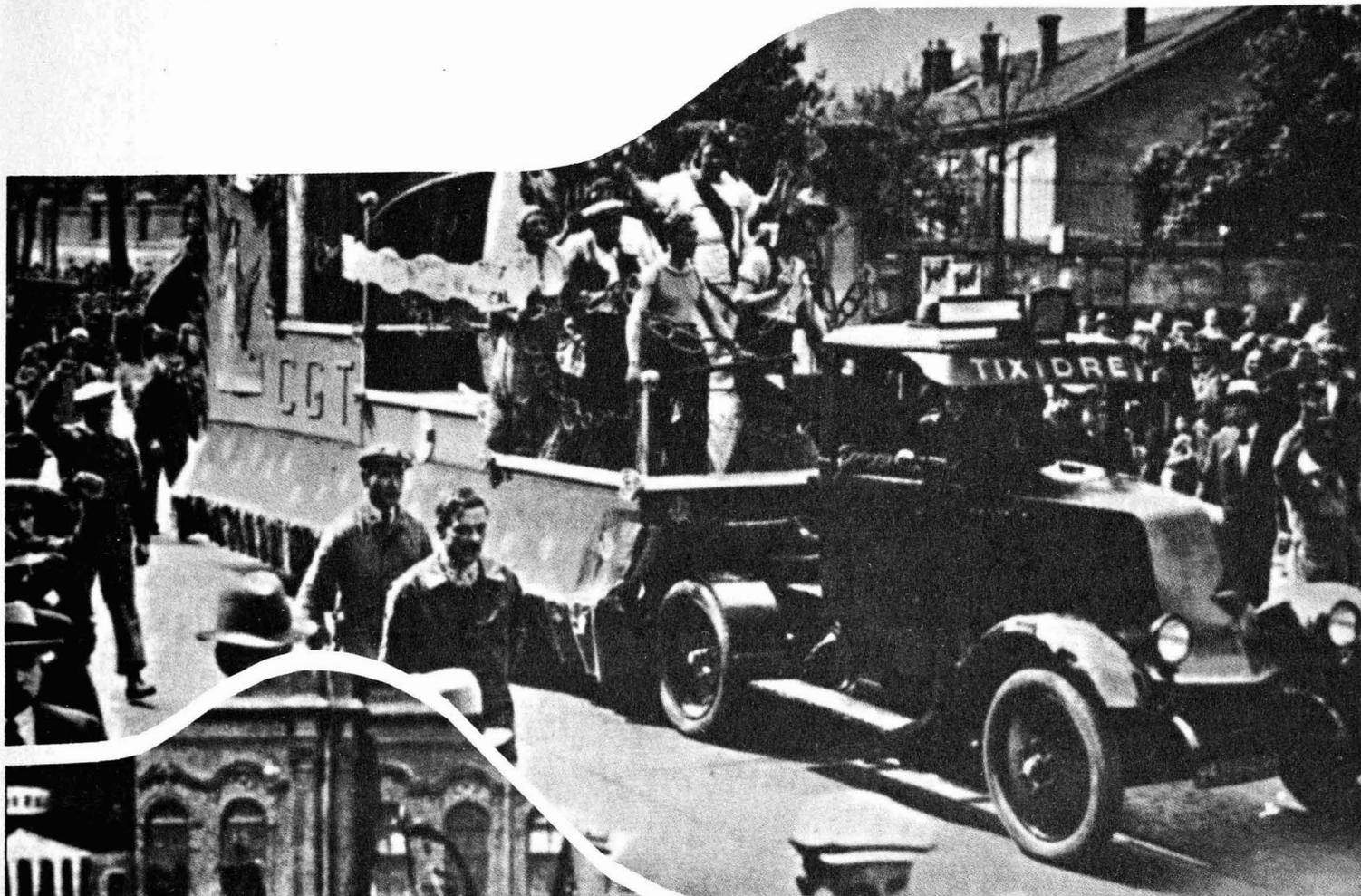
Para comprender el pensamiento y la obra de Maquiavelo no hay que olvidar jamás esa extraña dualidad, esa antinomia interna en donde se oponen sin cesar el teórico positivo y realista de la política, el filósofo, el historiador que anuncia a Montesquieu y a menudo lo instruye y, el gran italiano, visionario, rico de entusiasmo y de ilusión, en que revive algo de las esperanzas apocalípticas de Dante.”¹⁴

¡Qué interpretación tan distinta ésta de Renaudet, comprensiva de la obra de Maquiavelo, y la contradicción fácil y superficial que quiere ver Cassirer en la obra del florentino! En realidad es la época la contradictoria: hay contradicciones entre las ideas medie-



13. Cf. Maquiavelo, carta del 10 de diciembre de 1513, *op. cit.*, p. 370 (tomo segundo).

14. Augustin Renaudet, *Machiavel*, Gallimard, París, 1956, pp. 151-152

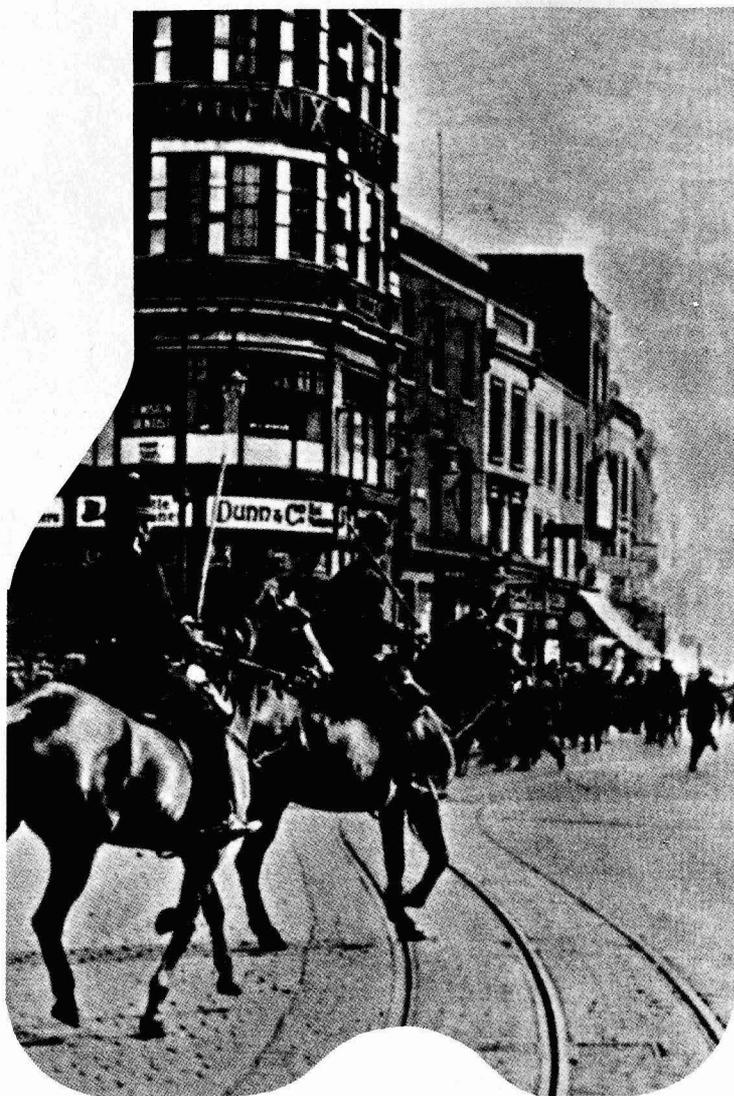


vales que todavía perviven y las nuevas ideas que están comenzando a surgir; hay contradicción entre la metafísica subyacente al sistema realista de Maquiavelo y la enseñanza, la experiencia, el conocimiento que extrae del estudio de la historia, de las cosas de los antiguos y de los tiempos presentes; como hay contradicciones, también entre el capitalismo comercial en pleno desarrollo, y las zonas rezagadas, retrasadas, periféricas, feudales, de esa misma Italia, como hay contradicción entre el realismo y el utopismo, entre el republicanismo y el monarquismo que se da en el propio Maquiavelo. Todas esas contradicciones, como la que se plantea entre el orden político que representa el Estado y la dinámica permanente que mueve a los hombres, constituyen justamente la esencia de la política. Lo único que Maquiavelo hace es reflejarlas, como la que se establece entre la *fortuna* y la *virtù*. Porque la política es lo contingente, lo azaroso y a la vez lo ordenado, lo racional. Así se matiza la ambivalencia entre determinismo y voluntarismo implícita en la obra política del gran florentino.

No obstante, sólo con la *virtu* y la *fortuna* quedaría incompleta la construcción política de Maquiavelo, si no hiciéramos referencia a su teoría de la *necesidad* que es, en gran medida, el sustento concreto, material, en el que tiene que desarrollarse la acción del hombre de *virtù*. Por necesidad obran los hombres. Es ésta la que los impele a la acción generadora de la historia. La necesidad los llevará a la acción: buena o mala, pero es aquí donde entra en juego la *virtù* del que actúa.

“Ya hemos discurrido sobre la utilidad que para las acciones humanas tiene la necesidad y cuántas acciones gloriosas se originan en ella. Como lo han escrito algunos filósofos que han tratado sobre la moral, las manos y la lengua, esos dos nobles instrumentos de su grandeza, no los habrían llevado jamás a la altura en que los vemos sin el aguijón de la necesidad.”¹⁵ *Virtute pares, quae ultimum ac maximum telum est, necessitate superiores estis.*

De acuerdo con nuestra interpretación, la necesidad es el resultado de la oposición entre *virtù* y *fortuna*. En la necesidad se cancelan, conservan y superan aquellos términos contradictorios. Sólo de esta manera es posible evitar la trampa mortal en que han caído interpretes tan penetrantes y finos como Meinecke, uno de los más agudos y totales conocedores del secretario florentino. Para Meinecke, con la teoría de la necesidad de Maquiavelo se abre la compuerta de la acción política inmoral: “Era algo muy diferente el que en la política se violara efectivamente la ley moral a que estas violaciones se justificaran como una (necesidad) insuperable, que es lo que, desde ahora, empieza a suceder cada vez con mayor frecuencia... Las potencias del pecado dice Meinecke significativamente dominadas fundamentalmente por la ética cristiana, alcanzan ahora un triunfo parcial y el demonio penetra en el reino de Dios. Con ello comienza toda la ambivalencia de la cultura moderna, el dualismo entra valores empíricos y



supraempíricos, relativos y absolutos, que es la gran enfermedad de esta cultura. Siguiendo su más íntimo impulso vital, el Estado moderno podía ahora ya liberarse de todas las vinculaciones espirituales que le coartaban y, como potencia secularizada y autónoma, realizar todas las maravillas de organización nacional de los siglos siguientes... El Estado no podía prescindir de la religión, la moral, el derecho, como fundamentos de su violación, cuando así lo exigían los imperativos de su propia existencia. ¿No se daría cuenta Maquiavelo de esta contradicción y de las terribles consecuencia que había de tener?” Meinecke concluye su crítica uno de sus reproches más fuertes al teórico florentino en estos términos: “Condenable, harto condenable era, sin embargo, su famoso consejo de que el príncipe no tiene necesariamente que poseer todas las buenas cualidades de la lealtad, la sinceridad, etc., pero sí debe aparentar que las posee y ello porque el ejercicio constante de aquéllas es perjudicial, mientras quedaba legitimada la figura del malvado hipócrita ejerciendo el poder.”¹⁶

Meinecke parece olvidar lo que tan admirablemente señalara páginas antes, cuando afirmaba, con un sentido del matiz más francés que alemán, que: “la pasión del descubridor es una de las características más destacadas de Maquiavelo. Con tal entusiasmo se vertía hacia la meta de cada momento que a veces le desaparecía lo que él mismo había pensado y dicho en otro momento. Impávida, casi fanáticamente, iba extrayendo las consecuencias más extremas, más terribles, de las verdades encontradas por él, sin detenerse a considerar sus efectos en relación con otras de sus convicciones ya expresadas. Como descubridor experimental, amaba también el cambio de los puntos de vista y el situarse en los

15. Machiavelli, *Discorsi* III, 12.

16. F. Meinecke, *La idea de la razón de Estado en la edad moderna*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959, pp. 41-42.

distintos intereses de la lucha política, a fin de encontrar así para cada uno de los bandos, bien fuera del príncipe o de los enemigos del príncipe, una panacea, una *medicina forte*, y de ser posible una *regola generale*. Las recetas que nos da en cada momento deben entenderse, por eso, *cum grano salis* de un cierto relativismo. También estas inclinaciones de su espíritu han de ser tenidas en cuenta.”¹⁷

¿Cuál es la conclusión, entonces? ¿“la legitimación del malvado hipócrita ejerciendo el poder” o entendiendo “*cum grano salis*, de un cierto relativismo”, las afirmaciones del entusiasta descubridor renacentista?

A mayor abundamiento, hay que reconocer el Maquiavelo de los *Discursos* cuando dice que los hombres triunfan o fracasan según sepan o no regular su conducta de acuerdo con las circunstancias, siempre y cuando la naturaleza del político coincida con las circunstancias, porque “primero, no podemos oponernos a lo que nos inclina nuestra propia naturaleza; después, porque un hombre a quien una determinada manera de obrar le ha resultado benéfica no admitirá jamás que deba obrar de otro modo. Es de esto que nos vienen las desigualdades de la fortuna: los tiempos cambian y nosotros no queremos cambiar.”¹⁸ Decididamente la teoría del “malvado hipócrita” de Meinecke no funciona ni de acuerdo con Meinecke, ni de acuerdo con Maquiavelo.

Lo que sí funciona en Meinecke, es su admirable explicación de las razones de la *ragione di Stato*:

1) “La razón de Estado es la máxima del obrar político, la Ley motora del Estado. La razón de Estado dice al político lo que tiene que hacer, a fin de mantener al Estado sano y robusto. Y como el Estado es un organismo, cuya fuerza no se mantiene plenamente más que si le es posible desenvolverse y crecer, la razón de Estado indica también los caminos y las metas de este crecimiento... La “razón” de Estado consiste, pues, en reconocerse a sí mismo y a su ambiente y en extraer de este conocimiento las máximas del obrar. Estas revestirán siempre, a la vez un carácter individual y general, permanente y mudable; se modificarán fluídamente de acuerdo con los cambios en el Estado mismo y en su ambiente, pero tendrán también que responder a la estructura permanente del Estado individual, así como a las leyes vitales inmutables de todos los Estados en general. Del ser y del devenir surge así siempre un “deber ser” y un “tener que ser” que el conocimiento descubre. Una vez convencido de la exactitud de su conocimiento, el político “tiene” que obrar de acuerdo con él, a fin de alcanzar su meta... Motivos forzosos de propia conservación y de crecimiento del Estado impulsan al político a acciones que llevan en sí un carácter individual y general, a la vez. Un carácter individual, en tanto que dichas acciones buscan un camino único, adecuado a la situación del momento, irreplicable y, en este

sentido, traspasan, a veces, las leyes generales éticas y las normas jurídicas vigentes. Un carácter general empero, en tanto que obedecen a un impulso permanente, común a todos los Estados...

2) La apetencia del poder es un impulso propio del hombre, común quizá a todos los animales, un impulso que se extiende hasta que encuentra barreras que lo detienen... Y en el hombre esta apetencia no se limita a lo que es inmediatamente necesario, sino que se goza con el deleite del poder... Entre *cratos* y *ethos*, entre el obrar movido por el afán de poder y el obrar llevado por la responsabilidad ética existe, en las alturas de la vida política, un puente, a saber, la razón de Estado, la consideración de lo que es oportuno, útil, provechoso, de lo que el Estado tiene que hacer para alcanzar en cada circunstancia el *optimum* de su existencia... La razón de Estado es una máxima del obrar de enorme ambivalencia y escisión; posee un lado vuelto hacia la naturaleza y otro vuelto hacia el espíritu, y tiene, si así puede decirse, un núcleo en el que se entremezclan y confunden lo perteneciente a la naturaleza y lo perteneciente al espíritu.”¹⁹

Mejor y más clara interpretación del capítulo XVIII de *El Príncipe* no ha sido hecha. De ese engañoso capítulo, que Maquiavelo tituló maquiavélicamente: *Quomodo fides principibus sit servanda*



17. Meinecke, *op. cit.*, p. 37

18. Machiavelli, *Discorsi* III, 9.

19. Meinecke, *Op. cit.*, pp. 1-7.